

NO SE PRESTA

-Fomento de Vocaciones Eclesiásticas-

Quiero ser Sacerdote



Lib. e Imp. General de J. Jalón Mendiri

Cervantes, 3 y 5 - Logroño

28-4-1938

Unidad

Estado Nacional 332



Ministerio de Fomento, Obras Públicas y Transportes

Sección de Obras Públicas

518096

R
8864

FOMENTO DE VOCACIONES ECLESIASTICAS

Quiero ser Sacerdote



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

12.211.094

Lib. e Imp. General de J. Jalón Mendiri

Cervantes, 3 y 5 - Logroño

(c) Comunidad Autónoma de La Rioja

NIHIL OBSTAT

Calagurris, 23 Februarii 1938.

Dr. Joannes An. Garro

Imprimi potest.

Calagurris, 24 Februarii 1938.

Vicarius Generalis,

Faustinus Dégano

Hay un sello en tinta que dice :

« Obispado de Calahorra y La Calzada »

Quiero ser Sacerdote

Te extrañarás, querido amigo

Al recibir con la presente la noticia de que, dejada la profesión que hoy sigo, decido ingresar en un Seminario, para emprender la carrera eclesiástica y llegar un día, con la ayuda de Dios, a ser un sacerdote. Quiero ser sacerdote.

Y te extrañarás, porque, aunque siempre me viste piadoso, no quiera Dios que alguna vez deje de serlo, siempre llevé la palma de divertido y alegre; tú mismo me tuviste por revoltoso y travieso. Un poco lo fui, no lo niego, en la escuela, pendenciero seguí en el colegio, en el Instituto bromista, en la Universidad divertido, y alegre también fui ahora entre los voluntarios del frente; nadie hubiera sospechado, ni siquiera yo mismo, que llegase un día en que me había de determinar a ser sacerdote. Pues ese día es llegado y quiero ser sacerdote.

Siempre fuimos buenos amigos y nos hemos comunicado nuestros ideales y afectos; conoces mis antiguas ilusiones, mis ideales y ensueños. De familia bien acomodada, abun-

dante en medios económicos, con inmejorables relaciones sociales, con facilidad relativa para el estudio, que a los dos nos valió siempre las mejores calificaciones y la estima por parte de profesores y compañeros de clase, sabes bien cuál han sido mi educación, mi ambiente familiar y social, mis futuros proyectos.

Alguna vez me oíste nombrar la toga de abogado que ostentaba mi padre, otras me halagó la carrera de médico especialista que profesaba mi tío; en las vacaciones estivales, al visitar la inmensa fábrica de que es dueño mi hermano, sentía inclinación a ser ingeniero de ella y últimamente también, en las hondas emociones del frente, robaban mi atención los entorchados y estrellas. Todo esto lo sabes muy bien y por ello presumo tu gran extrañeza, al recibir esta carta y convencerte de que no va de bromas, sino que en serio me oyes decir: Adiós todo eso, que quiero ser sacerdote.

Me dirás,

Y es observación muy juiciosa, si lo he pensado bien, si no es una ilusión pasajera, una determinación de momento, nacida en fervor imprudente, en alguna desilusión, contrariedad o disgusto. No, amigo querido, ya me conoces muy bien; aunque divertido y alegre en la vida estudiantil, sabes de sobra que, en asuntos serios y graves, siempre me hallaste

reflexivo en los juicios y en las determinaciones racional y constante. Lo he pensado muy bien, he reflexionado con tranquilidad y con calma, he decidido con entera libertad e indiferencia, con pleno conocimiento de causa, y una vez más te repito que doy a todo el adiós y que quiero ser sacerdote.

Y como nunca tuve secretos contigo, voy a comunicarte mi interior, cuanto pienso y deseo, con toda sinceridad y franqueza.

Un pensamiento,

Inadvertido primero y después reflexivo, hace tiempo que me asalta: no acierto a saber si tendrás hecha por tu parte la misma observación. De aquellos cincuenta alumnos que frecuentamos la escuela, de los doscientos jóvenes que juntos fuimos al colegio y que casi todos eran piadosos y buenos, cuántos quedan hoy que sigan con intensidad la vida piadosa y cristiana? Hoy uno y mañana otro, sin apenas darnos cuenta de ello, sin saber ellos mismos por qué, se han ido alejando de la piedad, y han dejado las prácticas primeras cristianas. Como si fueran incompatibles, para mayores edades, continuar de seglar en el mundo y ser cristiano piadoso: este es el hecho real e innegable, con excepciones pocas, es cierto: su recuerdo me causa fuerte impresión, me produce temor racional y fundado de que pue-

da ocurrirme otro tanto, lo mismo que a los demás compañeros. Y, por mi parte, amigo del alma, antes que todo y por encima de todo he de poner la piedad en la vida, una vida sinceramente piadosa y cristiana. He comenzado por pensar seriamente si ésta no correrá gran peligro en las otras carreras, siendo acaso este el principio de la resolución hoy tomada: dejar toda otra profesión y trabajar por ser sacerdote.

La frivolidad

De casi toda la juventud, aun en familias piadosas, aun en jóvenes de talento y carrera, es algo que angustia y asquea, que deja vacío en el alma, un gran fondo de tristeza que deprime y apena. Conversaciones frívolas e insípidas, diversiones insulsas y huertas, quiera Dios que no pecaminosas, esclavitud del bien parecer y del culto de su propia persona, ideales únicos materiales y humanos, ausencia de estudio profundo, de sólida formación en ciencia teológica y enseñanzas del Evangelio, figurar a lo más en muchas asociaciones para no hacer ni dejar que se haga por otros cosa de provecho en ninguna. . . , lo sabes muy bien por propia experiencia; así es la juventud ilustrada. Siempre hemos sentido ese vacío en la masa; cuando hemos querido sembrar una idea seria, noble y elevada, pronto hemos quedado aislados y solos; estaba el terreno en erial; si ger-

minaban algunas semillas, un ambiente malo mataba toda idea de gravedad y grandeza. Esto me ha determinado a estudiar a fondo lo que quiere decir Seminario, y he hallado el retiro de un internado, una vida metódica y seria: en él se cultivan a diario la meditación y el examen, como esenciales los ejercicios piadosos, el estudio serio de las ciencias fundamentales, la sujeción a un reglamento, una vigilancia paternal pero grave: es el conjunto que yo andaba buscando, el que puede preservarme de tanta superficialidad como hay en nuestro ambiente, el que puede únicamente saciar mi deseo de un manjar más sólido y confortante. Por ello me ha cautivado el sacerdocio, he sentido deseos de ser sacerdote y honda pena a la vez por tantos jóvenes tan buenos, a quienes he visto esclavos del qué dirán, y faltar a leyes sagradas, y ejecutar acciones innobles, por hacerse de hombres, por no ser menos y aparecer más que todos los otros. Esto me duele de veras, esto me apena y angustia; no quiero ser como ellos, quiero ponerme en seguro y creo poder conseguirlo dejando cualquier profesión secular; por eso quiero ser sacerdote.

El recuerdo

También me ha movido un recuerdo de siempre buena impresión, el ejemplo de los

buenos alumnos que en el Seminario solía tener nuestro pueblo. Como nosotros tenían vacaciones. Pero al volver nosotros cada vez más disipados, ellos ya, desde el año primero, venían en mejor transformados. Me atraía su género de vida: recogidos muy de mañana para hacer su diaria meditación, asistían devotos a la misa y comulgaban en ella, distanciados con prudencia de los otros jóvenes, mutuamente se acompañaban y concurrían con los sacerdotes del pueblo, modestos y graves en su porte, con ocupaciones honestas y dignas, apartados del bullicio de diversiones y orgías, pasaban sin pérdidas de formación las mismas vacaciones que nosotros teníamos, y volvían al Seminario como quien vuelve a su centro. Vista la distancia de nosotros a ellos, la diferencia entre su vida y la nuestra, sentía admiración por aquella conducta, admiración natural por entonces, hoy convertida en reflexiva y juiciosa. Quién sabe si ha sido también despertador del pensamiento y deseo de dejar la profesión secular y pretender ser sacerdote?

Otro recuerdo bien grato,

Que hoy también siento avivado, es el recuerdo de aquella venerable figura, de aquel santo y sabio sacerdote eximio y prudente, que por tantos años fué el alma y la vida, artista delicado del carácter del pueblo querido. Tú

lo recuerdas tan bien como yo, porque su grato recuerdo está en la mente de todos, y todos los corazones rebosan hoy todavía, veneración muy sincera y gratitud bien sentida, a su persona y ejemplos. Qué recogimiento en la Iglesia! Qué devoción inspiraba el solo verle en el templo! Qué exactitud en sus cosas, qué afabilidad para todos, qué caridad con los pobres, cuánta dignidad en su porte, qué prudente, sencillo y modesto! Un serafín en la misa, un apóstol predicando, un padre amante confesando, médico inteligente, íntegro juez, docto y experimentado maestro. Qué ascendiente sobre todos! Cuánta veneración y respeto! Más grande que todos los ricos, más noble que todos los nobles, más alta su misión y más fiel que en todos su fiel desempeño. Entonces ya, me cautivaba su ejemplo; hoy, al sentir avivado el recuerdo, siento una voz que me dice si quiero ser como él, y he respondido muy gustoso que sí, que quiero serlo: ya sabes, pues, seré sacerdote, para seguir su vida y ejemplo.

Otras razones

Más graves, supondrás con mucha razón que me hayan decidido a mudar de carrera y, dejando la ya comenzada, abrazar la sacerdotal y, despreciando un risueño y halagador porvenir, acogerme al sacerdocio. En ello discurre muy bien. Lo anterior era ocasión y

no causa, el medio de que Dios se ha valido para que oriente mi vida por otros caminos.

Los peligros de la presente campaña, el contemplar de cerca a la muerte, el tenerla con frecuencia a dos pasos, el ver con cuánta facilidad se acaba la vida de un hombre, la mía pudo ser muchas veces, y con ella todas las cosas de tejas abajo, es lo que me ha hecho pensar muy en serio cuál deberá ser mi conducta futura, para asegurar lo que me importa, lo que no pasa ni se pierde en la guerra. Al efecto resolví, para mayor tranquilidad en pensar y mayor acierto en resolver, dedicar un tiempo al retiro, tiempo para mí saludable en extremo y por demás provechoso; bien puedo permitirme un consejo, que hagas tú otro tanto, si tienes ocasión para ello.

En estos días de plácida calma y dulce silencio, he podido pensar muy a solas y meditar con todo sosiego las cosas de la vida, los problemas de la eternidad y del tiempo. Dedicarme a pensamientos profundos, pudiendo ver, desde lejos, las cosas que hasta ahora han pasado, las cosas que están sucediendo. Todas ellas me han inducido a la misma resolución y consejo: la misma que ahora te digo; que, dejadas todas las cosas, sea de Dios sacerdote; por eso quiero ser sacerdote.

Abundancia de medios,

Para ser bueno él mismo, santificando a todos los otros, no podrás dudar nunca que tiene a mano el buen sacerdote. No has reparado alguna vez en la gran diferencia y enorme distancia que en su misma vida exterior hay entre la conducta de un sacerdote y la de cualquiera otra persona seglar? Cosas que a ésta le son permitidas y que vistas en él ninguna admiración ni extrañeza producen en otros, extrañarían muchísimo en aquél y hasta producirían escándalo. Es una prueba sencilla, pero por demás concluyente, de que su moralidad y virtud deben estar muy por encima de cualesquiera otras, miradas las cosas sólo por fuera. Aspirando yo a lo más noble, elevado y seguro, nada te extrañe que ponga los ojos en el sacerdocio cristiano: sí, por esto, para poder y tener que ser bueno, por eso quiero ser sacerdote.

Sus ministerios,

Me gustan y admiran: creo que son los más elevados y dignos en la actual sociedad. Aunque debemos mirarlos en su aspecto sobrenatural y divino, pero aun en su carácter humano tienen excepcional importancia. Instruir al pueblo con sanas doctrinas, formarle con sa-

ludable enseñanza, comunicarle la ciencia moral, las verdades religiosas, base inconmovible de todos los otros valores sociales, sin los cuales los individuos y las familias, los pueblos y las naciones van camino de la disolución y de ruina, no contentarse con enseñanzas comunes, sino poder llegar con ellas hasta el fondo del alma, con toque inmediato en cada individuo, en la augusta soledad de dos corazones, rebo-sante uno de amor puro y divino, falto el otro y sediento de caridad y de amor y todo en el secreto inviolable de un sacramento, o cuando va a despedirse del mundo, no ves en ello algo grandioso, muy digno de almas grandes y nobles, más grande que todos los magisterios humanos, divino sobre todas las ciencias? Por mucho bien que pudiera hacer en el mundo, en cualquiera otra profesión y carrera, pienso que podrá ser mucho mayor el que haga, si soy sacerdote. Quiero ser maestro sano del pueblo, quiero que se practique el decálogo, quiero que se viva Evangelio: mucho pueden los buenos seglares; que sean a ello colaboradores es el deseo ferviente del Papa; pero siempre será cierto que es obligación propia y ministerio peculiar del buen sacerdote. Desterrar esta supina ignorancia, destruir tan crasos errores, sembrar y hacer que germinen las saludables y sanas doctrinas; tal es mi ideal y deseo; poder a ello dedicarme, es una de las causas que me mueven a ser sacerdote. Para esto quiero ser sacerdote.

Las miserias morales

Cómo apenan el alma las tales miserias! Es número incontable el de llagas, úlceras pestilentes y hediondas; gangrena que va emponzoñando la savia vital, cáncer maligno que carcome el cuerpo social, es lo que a diario encontramos. Qué pronto se malea la niñez y pierde su feliz inocencia! Qué pronto y en qué grado se pervierte la noble juventud! Qué corrupción tan pasmosa en otras edades y estados! Ya no son patrimonio de populosas ciudades, han llegado también a las aldeas y pueblos ciertos pecados, vicios y escándalos. Escandalizados quedan los viejos ante la ciencia del mal y conversaciones de niños, y, a dónde vamos a parar, exclaman, al conocer la vida, los pecados y vicios de una juventud degradada?

Se impone un eficaz preventivo, una cirugía que corte sin duelo, una medicina que cure aunque amargue, una férrea mano que corrija y castigue..., un corazón a la vez que consuele y que ame. Ese es el sacerdote cristiano, esa es su misión e ideal, su destino sublime; lo he pensado bien, lo he comprendido, y por ello mi resolución de ser sacerdote: quiero ser sacerdote.

Sacrificio

Habrás, como yo, oído, y muchas veces por cierto, el lenguaje de los otros, ignorantes o pervertidos, que desprecian al sacerdote, del que acaso sólo se acuerdan cuando de él necesitan.

Que es sin porvenir su carrera, propia de gentes pobres y humildes; que está el sacerdote abatido, sin consideración, despreciado; que no dice bien a los ricos; que no es propio de talentos ni el vestir una sotana ni los sacrificios que supone la vida de aldea. Y por qué han de asustar sacrificios? Si aquella dicha a que aspiro, si el ideal que me cautiva y atrae, si la gran dignidad que pretendo se consagra con el diario ofrecimiento del mayor Sacrificio, ante el cual todos los otros son nada! Pues qué, acaso consagrar el cuerpo de Cristo, presenciar y asistir, ser ministro del gran Sacrificio, dar del mismo participación a los fieles, repartirles alimento de hostia sagrada, no es la mayor dignidad? No es a la vez el mejor noviciado para una vida sacrificada y humilde, para un trabajo escondido, una extraordinaria virtud, para el mundo incomprensible locura, para Dios lo más honroso, para el hombre lo más saludable y seguro? Este doble Sacrificio, el eucarístico de Cristo, el humano de mi propia persona, me satisface y subyuga, me arrastra con fuerza irresistible al sacerdocio cristiano: quiero ser sacerdote.

El defender a la Iglesia,

Tanto sublevan el alma y encienden la sangre los ataques que le dirigen los malos, como la falta de aprecio en los buenos. Qué cosas más despreciadas que las cosas de la Religión y de la Iglesia? Qué personas gozan de menor consideración y aprecio que los ministros de Dios? Qué doctrinas menos estudiadas, qué instituciones menos comprendidas que las doctrinas del Santo Evangelio, las instituciones que va formando la Iglesia? Qué leyes peor conocidas? Cuáles menos observadas, que las generales del Papa y especiales de cualquier obispado? Medimos con frecuencia todas estas cosas por criterios humanos, dámosles menor importancia.

Y si del desprecio de unos pasamos al ataque de otros, subleva los ánimos el oír las torpes calumnias, las murmuraciones innobles, las soeces blasfemias, tamaños y crasos errores, que por escrito y hablados, en todas partes hoy privan. Si son indignos de un hombre, si no deben quedar sin respuesta, aun cuando contra un extraño se digan, qué hacer cuando van contra la Religión y la Iglesia? Es una de las razones que más me conmueven. Yo quiero estudiar muy a fondo, yo quiero estimar muy de veras las enseñanzas de Cristo, las lecciones de la Iglesia: yo quiero saber defenderlas, en sus personas y leyes, en sus instituciones sa-

gradas. Yo quiero llegar a ser apologista, para deshacer los errores, y rebatir las calumnias, y encauzar la buena fé desterrando ignorancias, desenmascarar hipocresías, dar la batalla al infierno. El hace cruda guerra a la Iglesia, guerra tendrá que destruya su soberbia y audacia. Quiero ser guerrero de Cristo; quiero ser su soldado, quiero ser sacerdote.

Me dirás,

Como último recurso, lo que tantas veces se dice y se oye, que cómo, abundando en recursos, educado en tanta comodidad, brindándome el porvenir una vida regalada y humanamente feliz, doy de mano a todas las cosas, para vestir la sotana y dar obediencia al Prelado, con destino, acaso perpetuo, en el más humilde villorio. Por eso mismo lo hago, para dar un ejemplo a las clases pudientes, que deben con mayor motivo dar sacerdotes, por no preocuparles el porvenir material; para unirlos de nuevo a la Iglesia; porque juzgo indigno de un hombre cristiano no tener otro norte que el porvenir material; porque sería obsequio mezquino e indigno de Dios, escoger el sacerdocio abundante en riquezas y no servirle cuando supone desinterés y pobreza. Porque esa bendita sotana y esa segura obediencia al Prelado, me levantarán por encima de todas las vanidades, de todas las exigencias munda-

nas, me pondrán a cubierto de grandes peligros, conducirán mis derroteros por sendas seguras, me harán ser de mayor rendimiento en la tierra, me darán mayor merecimiento para la vida que espero, eterna en el cielo. Por eso desprecio la carrera seglar y me resuelvo a ser sacerdote.

Ahora,

Soy yo quien quiere decirte, óiganlo muchos otros, todos los jóvenes piadosos y buenos: No os parece un asunto a pensar muy en serio? No es muy justo que lo tengamos en cuenta? Bien está que seamos piadosos; muy bien las congregaciones piadosas, y exploradores católicos, y requetés, y los Luíses, y la Acción Católica, la moderna cruzada del Papa, pero nada más nos pide Dios? No os habla del sacerdocio católico? No os pide el corazón por entero? A mí al menos me lo pide y con generosidad se lo doy: quiero ser sacerdote.

R
8864

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000346175

Depósito: EN EL SEMINARIO DE LOGROÑO